

MÁS ALLÁ DEL ARCOÍRIS

Una historia de
superdotación y trauma

© 2023 Jorge Albaladejo Pomares
www.jorgealbaladejoescritor.es

ISBN: 979-8-38762-621-0

Primera edición: mayo de 2023

Editado y publicado por Jorge Albaladejo Pomares

Impreso por Amazon

v1.0



www.masalladelarcoiris.es

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

¿Quieres saber qué es libertad? No ser esclavo de ninguna cosa, de ninguna necesidad, de ningún azar, reducir la fortuna a términos de equidad.

SÉNECA

La única manera de lidiar con este mundo sin libertad es volverte tan absolutamente libre que tu mera existencia sea un acto de rebelión.

ALBERT CAMUS

ÍNDICE

Parte 1: Introducción.....	1
Parte 2: Tormenta.....	19
Catarsis.....	23
Sombras.....	39
Destellos.....	79
Parte 3: Arcoíris.....	105
Vacío.....	121
Esfuerzo.....	129
Injusticia.....	137
La dictadura de las masas.....	147
Idiocracia.....	155
Parte 4: Horizonte.....	161
Budismo.....	167
Estoicismo.....	173
Existencialismo y absurdo.....	179
Mi propio maestro.....	183

PRÓLOGO

Estamos en el año 2023 y en España, según las cifras más recientes del Ministerio de Educación y Formación Profesional del curso 2019/2020, sólo hay identificados 39.173 alumnos con altas capacidades, cifra que representa apenas el 0,47 % del total. Se estima, por lo tanto, que más 126.000 estudiantes superdotados están escolarizados en nuestro país sin recibir ningún apoyo educativo específico.

En el territorio nacional, no existe un criterio unificado para la identificación de los alumnos con altas capacidades intelectuales. Cada comunidad autónoma establece sus propios criterios tanto para la evaluación como para la posterior adaptación curricular que ofrecen a estos alumnos. No obstante, existen unos criterios comunes aunque deficitarios para la identificación de la superdotación en las escuelas:

— La teoría de los Tres Anillos de Renzulli, que sitúa la superdotación en una interacción de tres elementos o factores determinantes: alta inteligencia, alta creatividad y compromiso con la tarea, o motivación. Este modelo fue concebido por su autor para realizar adaptaciones curriculares en el ámbito escolar con el objetivo de obtener el máximo rendimiento posible del alumno, no como un modelo de diagnóstico o identificación. Por lo tanto, esta teoría está siendo malinterpretada en nuestro país.

— No hay un consenso sobre la edad mínima recomendada para evaluar las altas capacidades. Algunos profesionales recomiendan hacerlo a los 6 años, otros a los 8, incluso algunos a partir de los 12 años. Prevalece la idea de que la inteligencia no cristaliza hasta esta edad. Sin embargo, la literatura internacional ha demostrado que esta se puede medir desde los 3-4 años con pruebas estandarizadas y baremadas y que se mantiene estable a lo largo de la vida del niño, adolescente y adulto.

— Se considera que un alumno tiene derecho a una educación especial a partir de un percentil 75 de cociente intelectual en una o varias áreas: superdotados, talentosos y talentos complejos. Esto es, el 25% de los alumnos más aventajados.

— Se traslada la decisión de evaluar a los estudiantes a los profesores, los cuales, con frecuencia, no tienen formación específica en altas capacidades.

Si bien los métodos y técnicas de identificación y valoración de las altas capacidades en España a día de hoy no son las más eficaces, en los últimos años el avance en la teorización y la puesta en práctica de pro-

gramas de apoyo para los niños con altas capacidades ha avanzado a grandes pasos. La literatura científica sobre la superdotación empezó a tener un auge importante en nuestro país en la última década, por lo que la aplicación de programas específicos para estos niños y el análisis de los factores psicológicos y emocionales son muy recientes.

Los psicólogos clínicos que han trabajado con personas con altas capacidades describen un perfil psicoemocional particular: gran sensibilidad e intensidad emocional, inconformistas, elevado perfeccionismo, fuertemente idealistas con un elevado sentido de la justicia, baja tolerancia a la frustración, gran miedo al fracaso, altas expectativas tanto hacia sí mismos como hacia los demás, gran preocupación por la muerte, la transcendencia y el sentido de la vida. Aunque los estudios sobre si las altas capacidades son bien un factor de riesgo, bien un factor protector para el desarrollo de trastornos emocionales no son concluyentes, cualquiera que lea con detenimiento los rasgos de personalidad de estos individuos puede intuir las dificultades a las que se enfrentarán estas personas a lo largo de su vida.

El testimonio que recoge esta obra va más allá de las estadísticas y nos muestra el lado íntimo de estas personas. La historia del autor está marcada por el trauma infantil, pero también por el perfil psicoemocional de las altas capacidades y su dificultad de adaptación al entorno. Intentar discernir qué es producto de dicho trauma y qué es atribuible a la superdotación es un rompecabezas complejo, al cual la literatura científica actual no da una solución concluyente, y sobre el cual el autor aporta su visión particular y personal en

este ensayo. Como superdotado no identificado hasta la edad adulta, su testimonio se remonta a una época en la cual el desconocimiento, los mitos y los prejuicios sobre la superdotación eran abundantes.

A través de sus líneas, el autor nos transmite su visión particular del mundo, nos explica el funcionamiento de sus procesos mentales, nos habla de sus fuentes de inspiración y nos hace partícipes de sus esfuerzos por poner orden en un mundo interior complejo. En este segundo libro, desde la más sincera honestidad, el autor nos invita a acompañarlo en su historia, que complementa el relato de su primer libro, *Manual de supervivencia para unicornios*.

Esta es un obra pausada, ecléctica, relatada desde la perspectiva emocional, a la vez que contundente. Concebida en un periodo de profunda introspección, puede servir de ejemplo e inspiración para otras personas, superdotadas o no, que atravesasen circunstancias similares.

ALMUDENA RODRÍGUEZ

PARTE 1:
INTRODUCCIÓN

Cuando recibí el resultado de mi evaluación de altas capacidades hace apenas dos años, experimenté una profunda catarsis junto a una sensación contundente de liberación. De pronto, cobraban sentido una gran cantidad de eventos, situaciones y emociones que había vivido (y en ocasiones, soportado y sufrido) a lo largo de mi vida. ¡Por fin —pensé— entiendo por qué siempre me he sentido un bicho raro; por qué a menudo me ha costado tanto hacerme entender; por qué mis compañeros creen que necesito un año en el puesto de trabajo para dominarlo completamente (de tres a seis meses suelen bastar)! Ante todo, comprendí que muchas personas con quienes he compartido sueños, ilusiones y miedos, especialmente en mi entorno profesional (donde más he acusado este sentimiento de alienación) no necesariamente compartían mi pasión por aprender y experimentar, mi deseo de perfeccionar, ni la naturalidad con la que señalaba los fallos obvios en el proceso, en el informe, o en el trabajo de otros colegas. Un superdotado sin modular puede llegar a resultar odioso para mucha gente, de muchas maneras.

Mi anterior (y primer) libro sobre las altas capacidades¹ es —a propósito— una radiografía de un instante, o debería decir de una breve etapa muy especial: mi propio proceso de descubrimiento de la neurodivergencia que a menudo acompaña. Desde la propia evaluación que me «identificó»², continuando por la

1 *Manual de supervivencia para unicornios.*

www.manualdesupervivenciaparaunicornios.es

2 A falta de una palabra que describa mejor el proceso, prefiero utilizar el término «identificar» a «diagnosticar», ya que la super-

lectura necesaria de diversos libros³ y recursos en línea⁴ acerca de experiencias similares a la mía (con frecuencia de personas cuya divergencia intelectual había pasado completamente inadvertida), para finalmente replantearme tantos años de experiencias sociales e interpersonales traumáticas. Hablando llanamente: me sentía al mismo tiempo extraterrestre, y varado en mundo completamente alienígena.

En mi primera obra utilicé la metáfora del «unicornio», motivado por el ejemplo de otros autores como Jeanne-Siaud Facchin (quien utiliza el término «cebra» para referirse a las personas con altas capacidades) y Paula Prober («mente de selva tropical» en su traducción literal, aunque prefiero la acepción «mente jungla», más clara y concisa en nuestro idioma que la primera) por citar dos ejemplos precisos. Me permito citar a mí mismo:

dotación y las altas capacidades no son una enfermedad ni un trastorno o disfunción transitorios de la mente, sino toda una configuración y modo de funcionamiento particulares. Si bien el concepto de «identificación» tiene sentido a cualquier edad (se descubren unas cualidades en la persona y se le asigna una «etiqueta» o «categoría»), en adultos tiene una carga semántica mayor ya que, en muchos casos, dicha superdotación puede haber pasado inadvertida durante la mayor parte de la vida de la persona.

- 3 *¿Demasiado inteligente para ser feliz?* JEANNE SIAUD-FACCHIN; *Your Rainforest Mind*. PAULA PROBER; *The Drama of the Gifted Child*. ALICE MILLER; *The Gifted Adult*. MARY-ELAINE JACOBSEN; *La maldición de la inteligencia*. CARMEN SANZ CHACÓN; *Why Smart People Hurt*. ERIC MAISEL.
- 4 *Gifted Research & Outreach*: gro-gifted.org; El mundo del superdotado: elmundodelsuperdotado.com; Ciento y mucho: cientoymucho.com/blog; Gifted Adults: gifted-adults.com.

«Jeanne Siaud-Facchin nos llama cebras para desvincular la superdotación de un nombre cargado de emociones y prejuicios. La cebra es un animal diferente, sin domesticar, que se distingue claramente de los demás en la sabana [...]. Paula Prober nos llama mentes jungla ya que, como los bosques tropicales, la mente de un superdotado es densa, compleja, arborescente, llena de entramados y de especies que conviven en una delicada armonía. Es especial, delicada y, a la vez, sostiene la vida en el planeta [...]. Sin embargo, yo he preferido acuñar un nuevo término, y llamarnos unicornios, porque el unicornio es un animal de leyenda al que se atribuyen poderes mágicos pero que, a la vez, es frágil y vulnerable, y por eso se camufla en el bosque. Un animal escaso, difícil de encontrar, excepcional y único, capaz de pasar desapercibido en el mundo pero que, al manifestarse, produce asombro, inspiración, ilusión y, a veces, un poco de magia».

Tanto Siaud-Facchin como Prober son psicólogas y terapeutas que basan sus tesis en sus propias observaciones experimentales: que las personas con altas capacidades son vulnerables al entorno; se enfrentan a unas dificultades particulares, bien causadas, bien magnificadas por la divergencia que su superdotación conlleva; y a menudo desarrollan patologías y trastornos tales como depresión, ansiedad crónica, baja autoestima, in-

seguridad y neurosis, debido a su falta de adaptación al medio social. Este medio, habitualmente diseñado por y para personas neurotípicas⁵, produce con frecuencia una fuerte sensación de alienación en el superdotado, que llega a dudar de sus propias habilidades y percepciones al no encontrar con qué compararlas.

Este efecto alienante funcionaría en ambos sentidos, ya que el propio entorno social rechazaría a la persona con altas capacidades de maneras en ocasiones sutiles, en ocasiones evidentes, debido a su diferencia notable con el resto de la población; llegando, en algunos casos, a la agresión, ridiculización, abuso y maltrato como válvula de escape a las frustraciones de quienes pueden sentirse inferiores o amenazados ante la presencia de unas mentes por lo general rápidas, brillantes, a menudo geniales.

La falta de evidencia científica al respecto ha llevado a estas autoras (como a un servidor) a recibir críticas desde diferentes entornos intelectuales, así como desde algunas asociaciones de superdotados, a causa a su falta de rigor científico a la hora de formular sus tesis. Si bien es cierto que no hay ninguna evidencia formal con respecto a la correlación entre altas capacidades y problemas mentales o emocionales, no es menos cierto que no hay tampoco ninguna evidencia que la desmienta. Sencillamente, no hay muchos estudios al respecto y,

5 El término «neurotípico» se suele utilizar en contraposición a la persona autista, y he creído conveniente adoptarlo en el contexto de la superdotación, para referirme a las personas que no tienen altas capacidades.

los que hay, están centrados en los superdotados que *han sido identificados*.

Es en esta identificación donde me gustaría centrar la atención del lector, pues esta es la base de mi propia teoría: una afirmación sin más pretensiones que iluminar tenue y temporalmente un fenómeno para el cual muchos no hemos encontrado una explicación satisfactoria. Mi tesis es la siguiente: la mayoría de estudios, artículos y entrevistas que cuentan con la necesaria validación científica o la conveniente atención mediática, están sesgados. Se basan en lo que yo llamo «superdotados de alto rendimiento»: aquellos que, o bien no se han enfrentado a grandes problemas de adaptación en sus vidas, o bien han aprendido a sobrellevarlos en una edad temprana⁶.

Parece obvio y de sentido común (coloquialmente conocido como el menos común de los sentidos), que aquella persona que padece de depresiones recurrentes y ansiedad crónica no va a llamar la atención por sus resultados académicos. Muchos superdotados no obtienen buenas notas en los estudios, por una serie de razones: doble excepcionalidad (las altas capacidades se pre-

6 Muchos superdotados desarrollamos un sofisticado camuflaje para hacernos pasar por neurotípicos en situaciones sociales comunes; especialmente en el colegio e instituto, buscando encajar, hacer amigos y evitar el aislamiento. Por ejemplo, asistimos a fiestas que en realidad nos aburren, con tal de mantener amistades; atribuimos nuestras buenas notas en los estudios a la suerte o al simple esfuerzo personal; o aprendemos a funcionar a doble velocidad, ralentizando cuando queremos explicar algo a un desconocido.

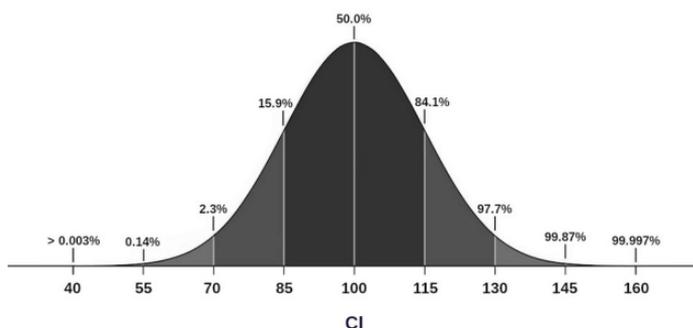
sentan junto a un cuadro de dislexia o déficit de atención); fuerte divergencia (las soluciones aportadas por el estudiante no son aceptadas por el profesor por heterodoxas y poco convencionales); camuflaje social (el adolescente hace el mínimo esfuerzo y trata de no destacar en nada para no ser rechazado por el grupo). En etapas de estudios superiores, se puede dar el fracaso por falta de hábito de estudio y cultura de esfuerzo (tras años obteniendo buenos resultados casi sin estudiar en la escuela). Este último fue mi caso, y necesité casi diez años para terminar mi primera carrera universitaria.

Es de lógica suponer que estos superdotados con dificultades no estarán interesados en someterse a una evaluación de altas capacidades: unos están convencidos de que no son más que bichos raros; otros, de que son estúpidos a tenor de sus resultados académicos; algunos pueden sospechar que son más inteligentes que la media, pero no encontrar ningún valor añadido en obtener un certificado que lo confirme; otros, con frecuencia, tienen miedo de «suspender» la evaluación⁷.

A las cifras me remito: la asociación de superdotados más grande de España apenas cuenta con unos dos mil miembros; el resto de asociaciones, tan sólo unos cientos. Haciendo una estimación burda y rápida, podría haber unos pocos miles de superdotados asociados en el país, en cualquier caso menos de cien mil. No me

7 Una de las dificultades a menudo mencionadas por las autoras citadas anteriormente, y experimentada por mí mismo, es la fobia a las expectativas que suelen generarse en torno a nuestras altas capacidades.

interesa aquí la precisión en los números sino el orden de magnitud. Estadísticamente, en España hay cerca de un millón de personas con altas capacidades, si consideramos la definición más conservadora: el 2% de la población que queda en el extremo superior de la campana de Gauss de distribución de la inteligencia.



Distribución del cociente intelectual (CI) en la población; los percentiles indican el tamaño del grupo por debajo de un valor de CI determinado.

Tomando la definición de altas capacidades más optimista (y reciente), que establece el límite de CI en 115, estamos hablando de cerca de siete millones de personas, sólo en España. Es decir, como mínimo, un orden de magnitud superior a la cantidad de superdotados oficialmente presentes en las estadísticas, que son aquellos pertenecientes a asociaciones. ¿Dónde están, pues, los millones que faltan?

Cuando un investigador en psicología realiza un estudio sobre la superdotación, suele acudir a estas asociaciones donde, como he explicado, hay principalmente casos de éxito e identificados. Cada vez que en televi-

sión o en revistas especializadas se habla de este fenómeno, igualmente se recurre a personas identificadas. ¿Qué sucede, por tanto, con el 90-98% de superdotados que no forman parte de esta estadística? Bien no encuentran valor a asociarse (hay cientos de razones para ello tanto como para lo contrario); bien estuvieron asociados pero decidieron alejarse (de nuevo, cientos de motivos hay para ello); bien están en terapia, tratando de recomponer sus vidas y de encontrar sentido a un mundo absurdo que les hace sentir que, paradójicamente, los lunáticos son ellos.

La única afirmación que puedo hacer al respecto es: necesitamos campañas masivas de identificación de las altas capacidades, no tanto en niños (la atención a este fenómeno ha mejorado cuantitativamente en los últimos años) como en adultos, muchos de los cuales podrían haber pasado desapercibidos durante décadas por las razones que ya he expuesto. Ese fue mi caso, pues no descubrí mis altas capacidades hasta recién cumplidos los cuarenta años⁸.

No es sólo mi testimonio: desde que publiqué mi primer libro hace escasamente dos años, he recibido mensajes de decenas de personas que han atravesado una catarsis similar en su propio proceso de descubrimiento; unicornios también, confundidos por una identificación que tal vez no esperaban, aliviados de poder definitivamente explicar sus numerosas dificulta-

8 Invito al lector a descubrir mi primer libro *Manual de supervivencia para unicornios*, donde relato mi propio proceso de identificación y descubrimiento de las altas capacidades.

des de adaptación a una sociedad neurotípica en cuanto a la superdotación se refiere; pero, sobre todo, agradecidos de no sentirse solos en esta excepcionalidad. En realidad, somos porcentualmente pocos, pero un gran número al fin y al cabo.

Tras esta breve disertación sobre la relevancia de las autoras que he citado al principio de este capítulo acerca de las dificultades en las altas capacidades, me gustaría regresar al término que originó esta aventura y que me convirtió en un escritor novel, principiante, sin más aspiraciones literarias que dar a conocer mi experiencia personal: los *unicornios*.

Ante todo, es indispensable recalcar que todos somos diferentes. Todas las personas, incluidos los superdotados, tenemos rasgos individualmente únicos: de carácter, personalidad, configuración de inteligencia, habilidades emocionales... Todos tenemos un pasado, unos traumas y una red de apoyo en nuestros seres queridos y entorno cercano. No puedo pretender, ni es el objetivo de este libro, representar todo el fenómeno de la superdotación, ni a todos los superdotados. A pesar del hecho de que muchas personas hayan leído mi primer libro⁹ —de las cuales una gran proporción¹⁰ haya decidido contactar conmigo a raíz del descubrimiento de su superdotación—, no puedo aspirar, ni tampoco lo pretendo, a representar al colectivo de personas super-

9 En el momento de publicar estas líneas, más de mil. ¡No está mal para una autoconfesión autopublicada!

10 Aproximadamente un 5-10% de los lectores confirmados, esto es, que han obtenido el libro en canales «oficiales».

dotadas en su totalidad. Como ya avanzaba en mi primer libro:

«Me alegro sincera y profundamente por estos niños¹¹, pero este libro no es para ellos, sino para los otros. Aquellos que nunca fueron identificados y que, después de una vida repleta de dificultades de adaptación a su entorno y marcada por la alienación... descubren que son unicornios y comienzan una catarsis para reinterpretar sus vidas desde esta nueva perspectiva».

Quizá la causa común más frecuente entre quienes nos identificamos con esta historia de problemas de adaptación sea un trauma infantil exacerbado y no tratado; quizá sea nuestra mayor divergencia¹² con respecto al entorno al que tratamos de asimilarnos; tal vez haya otros factores que no pretendo aquí analizar ni estudiar, y que dejo para futuros estudios científicos.

Alcanzo por fin¹³ la idea principal que quiero desarrollar en esta introducción: en lo que me concierne, el

11 De «alto rendimiento».

12 Del mismo modo que hay muchas facetas de la inteligencia, también hay diferentes rasgos de funcionamiento mental que se dan en mayor o menor medida en cada individuo: velocidad de procesamiento de la información, alta sensibilidad a los estímulos, pensamiento arborescente, tendencia al sobrealálisis, imaginación creativa y vívida, capacidad de comprender y manejar conceptos abstractos, fluidez verbal...

13 El pensamiento arborescente es similar a esta exposición, pero a velocidades que pueden llegar a ser vertiginosas.

término «unicornio» está cayendo en desuso. Fue un concepto, una metáfora que cumplió con creces su cometido: apoyarme en mi proceso de autoafirmación, ayudarme a manifestarme, a «salir del arcoíris» si se me permite la analogía. Tras cuarenta años de negación de esta parte tan profunda de mí mismo, mi autoestima estaba tan deteriorada, mi autoconfianza era tan débil, que no me atrevía a proclamar al mundo mi descubrimiento: ¡soy superdotado!

Conviene que desarrolle este punto. Siempre sentí vergüenza de pensar, mucho menos puedo hablar de sugerir, que yo podría ser más inteligente que la media. ¿Qué es la inteligencia al fin y al cabo? ¿Cómo acomodar mis innumerables equivocaciones, errores y estupideces en este paradigma? Y sin embargo, desde las profundidades de mi intuición sabía que lo era, y necesitaba un reconocimiento externo que validara esta faceta de mí mismo: de lo contrario, no terminaría de creerlo. Por esta razón, además de una evaluación de altas capacidades, solicité un informe detallado y por escrito con el resultado de las pruebas. Tal vez algún día olvidaría que sí, efectivamente, me siento diferente porque *soy* diferente. Humano, como todos; especial, como todos también; pero distinto a la mayoría en mi forma de pensar y procesar la información.

Tras la identificación, una de las primeras emociones que sentí fue alivio (¡por fin tengo respuestas!) mezclado con inquietud (¿y ahora qué?), punteado de pánico (¿qué pasará cuando lo sepan mi familia y amigos?). Analizando la situación con la perspectiva que

sólo pueden dar el tiempo y horas de reflexión, lectura e intercambio con otras personas, este planteamiento se me antoja absurdo. Pero no es así como yo lo percibía en el momento: me aterraba pensar que, tras toda una vida negando, escondiendo, enterrando esta faceta de mí mismo, al revelarla recibiría burlas, incompreensión u hostilidad por pretender, de algún modo, desmarcarme del resto. Obviamente, nada de esto ha sucedido: la mayor parte de mi entorno sabía o sospechaba de mis altas capacidades.

Hablaba en este capítulo de cómo algunos unicornios aprendemos a camuflarnos por miedo al rechazo social en el colegio y el instituto. Este camuflaje, una vez tejido, se nos queda pegado a la piel, forma parte de nuestra (falsa) identidad y con el tiempo se torna rígido como un caparazón que presiona y asfixia suave pero firmemente. El miedo, o debería decir fobia, a quitarnos el disfraz y recorrer el mundo desnudos puede llegar ser paralizante. Pero el miedo es, por definición, irracional, además de contagioso.

En nuestro cerebro hay una pequeña estructura llamada amígdala que se encarga de regular nuestro sistema emocional. La amígdala procesa y regula las reacciones emocionales necesarias para nuestra supervivencia; recibe señales de peligro potencial y nos hace reaccionar de manera autoprotectora. Cuando esta zona del encéfalo está en activación constante (en casos de ansiedad crónica y generalizada, o en contextos en los que percibimos el entorno como un lugar hostil del que debemos protegernos), cualquier experiencia que

vivamos puede interpretarse desde el prisma del peligro inminente, y derivar en un nuevo miedo o fobia.

A grandes rasgos, así es como los miedos se propagan en la mente humana, y lo que inicialmente es una preocupación justificada («voy a reírme del chiste aunque no me haga gracia para que el grupo vea que soy simpático y me acepte»), puede derivar en situaciones extremas como «voy a aceptar este trato vejatorio de aquel a quien considero mi amigo porque no quiero quedarme solo», o incluso «tengo miedo a ser pobre porque entonces no podré llevar un estilo de vida interesante y entonces nadie me querrá y entonces me sentiré humillado y avergonzado como me sentía de pequeño cuando hacía algo diferente y los demás se burlaban de mí». Los miedos crecen, se entrelazan y, si el tratamiento demora, se enredan tornándose casi imposibles de tratar. Todo empieza con una primera agresión. El resto son reacciones al entorno encadenadas.

Regreso aquí a la trama principal: ya no necesito usar la metáfora del unicornio para referirme a mi propia vida. Fue útil durante mi proceso de identificación, como lo es una muleta mientras sana el hueso roto. Ya he dicho que mi primer libro es una radiografía de un momento, un breve instante, un proceso suspendido en el tiempo. Así había de ser y así quise que fuera.

Este libro, sin embargo, es una continuación fluida, no cristalizada en el tiempo. Si he logrado mi objetivo, será una obra más serena, madura y reflexiva; una síntesis de todo lo he vivido —y aprendido— en el largo período que separa los dos títulos. ¡Apenas dos años!

Cierto, pero «apenas» dos años para un neurotípico equivalen a muchos más en tiempo de unicornio. Somos intensos, y nuestras vidas pueden ser muy densas.

Insisto: no necesito esta metáfora; superado el estado de *shock* inicial y el pánico que me suscitaba salir de mi camuflaje, me siento cómodo refiriéndome a mí mismo como superdotado, o altas capacidades; pero ante todo, persona y humano. Tengo moderaciones, excesos, carencias, virtudes y defectos, soy odioso y adorable a la vez. Todos vivimos en una contradicción permanente, y los superdotados no somos una excepción. Somos complejos, albergamos multitudes.

Sin embargo, puesto que mi mente es visual y se dice coloquialmente que una imagen vale más que mil palabras, quisiera utilizar una nueva alegoría para que no haya duda sobre el planteamiento de este ensayo.

Este unicornio, vagando por la pradera, huyendo de un paisaje oscuro y aterrador, ha encontrado un arcoíris y ha quedado fascinado por su luz y sus colores. Está dispuesto a cruzarlo porque cree (o debería decir, quiere creer) que tras él hay un mundo diferente: menos sombrío, más alegre, lleno de vida y oportunidades. Ahora bien, como ya sabemos, un arcoíris no es más que la dispersión de los rayos solares en las gotas de lluvia, que descomponen la luz en sus colores fundamentales. Primero viene la tormenta; después, cuando las nubes tenebrosas se desplazan hacia el horizonte y el sol se escabulle a través del vacío que dejan, aparece la tan celebrada ilusión óptica.

Más allá del arcoíris

Se trata de un efecto óptico: cuanto más queremos acercarnos, más se aleja, desvaneciéndose incluso cuando el ángulo de incidencia y la trayectoria de los rayos solares no son adecuados. El arcoíris es una quimera, una fantasía, usada a menudo en la mitología para referirse a sueños inalcanzables. Dorothy cantaba «*Somewhere over the rainbow*», con los ojos vidriosos, anhelando un lugar de ensueño, donde sus preocupaciones mundanas desaparecerían: el Reino de Oz.

Así pues, el arcoíris nos mantiene en movimiento, atentos, en estado de alerta, buscando ese algo que nos permita avanzar hacia una vida mejor. Detrás del arcoíris se esconden la ilusión y la fantasía. A nuestras espaldas hay oscuridad, miedo y tempestad. En el proceso, sin embargo, mientras perseguimos esta ilusión, es donde el espacio-tiempo se curva y nos brinda oportunidades de vivir una vida mejor, más nuestra, más auténtica. La única que tenemos.

Siéntase el lector un unicornio si así lo desea, si alguna vez tal fue el caso. Deje de hacerlo, si es su afán. Sea quien sea, lo invito a acompañarme en esta travesía, la que comencé a recorrer cuando descubrí las altas capacidades: esta búsqueda de mí mismo que, lejos de ser estática, respira en continuo movimiento hacia ese sueño que hay en algún lugar... *más allá del arcoíris*.